

# TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

## EL SECRETO DE UN TRIUNFO

La elección argentina ha deparado a muchos la gran sorpresa del triunfo rotundo de las candidaturas peronistas. No la esperaban ni tan mayoritaria, ni creían acaso que el mito creado por Perón subsistiese después de tantos años de exilio y proscripción. Se pensó incluso que el reciente viaje del general a Buenos Aires había supuesto un total fracaso de popularidad y de táctica. Y aun oír decir a alguno de esos «entendidos» que circularon por las tertulias madrileñas que la visita del presidente Lanusse tenía, entre otros objetivos, enterrar lo que aún quedaba vigente de la figura política del viejo líder, precisamente en la ciudad donde, habitualmente, desde hace algún tiempo reside.

Ocurrió exactamente lo contrario. Movilización considerable de las masas en favor del justicialismo. Orden absoluto durante la jornada electoral. Triunfo numérico tan elevado como pobre exhibición de los competidores empezando por el viejo radicalismo. Resultado táctico innegable de la breve visita de Perón a Buenos Aires para coordinar esfuerzos, negociar apoyos y superar diferencias, aceptando de paso su eliminación personal de la candidatura presidencial, con lo que se alejaba el riesgo de los vetos o inhabilitaciones. En suma, éxito pleno de la estrategia de Juan Domingo Perón, alcanzado al cabo de casi dieciocho años de ausencia, persecuciones, exilio y lejanía de sus pais.

¿Cuál es el secreto de ese triunfo, la razón fundamental del retorno al poder de su partido? Habría que señalar, a mi juicio, varias concausas convergentes en el resultado. Perón fue derrocado del gobierno por una sublevación militar. Tenía, a la sazón, mayoría numérica en las Cámaras, obtenida en elecciones libres. Mantenía, aun con innegables limitaciones, abierta la línea para la voz y el voto de los opositores. Su caída fue debida a una conspiración triunfante que envolvió a la mayor parte de las Fuerzas Armadas. De resistir, hubiese entrado el país en un enfrentamiento abierto, en una guerra civil que quiso evitar, abandonando el poder y marchando al extranjero.

Los vencedores no tenían una clara idea de lo que querían, salvo echar a Perón y liquidar el peronismo invocando, como es costumbre, un credo revolucionario. La clase trabajadora, organizada en su gran mayoría en sindicatos peronistas, resistió el avasallador empuje de los victoriosos «golpistas», que acabaron negociando y pactando con los sindicalistas. La falta casi total de base popular aconsejó al Ejército abrir al cabo de un tiempo un proceso democrático electoral sin participación del peronismo, que dio unos años de presidencia civil con Frondizi e Illia como titulares. Las Fuerzas Armadas volvieron a intervenir para ocupar el poder y ejercerlo, debido al profundo ma-

## LA VUELTA DE PERON

lestar social y económico que causaba el negativismo de los poderosos y gigantesco sindicatos, marginados de hecho, de la colaboración política. El peronismo, relegado a la ilegalidad y a la clandestinidad, seguía siendo la primera fuerza política del país. Onganía y Levingstone no lograron establecer una línea de gobierno coherente que movilizara a la opinión pública a su favor. Gobernaron en dictadura, al margen de la mayoría de las clases políticas y sociales. El general Lanusse, que les sucedió, comprendió pronto que el único camino viable para devolver al país la normalidad constituyente era abrir los cauces legales partidistas, integrando a los grupos políticos en la ordenación jurídica establecida, empezando por el justicialismo, que reapareció de este modo en la legalidad. Hay que hacer a Lanusse la justicia de que lo prometido lo cumplió plenamente, venciendo notables dificultades y resistencias en el seno de los grupos más derechistas de las Fuerzas Armadas, que no veían con buenos ojos el retorno de la República democrática apoyada en el sufragio universal y en el turno de los partidos. Quizás no creyó él mismo que la fuerza numérica de los partidarios de Perón era, en realidad, tan considerable. Lo cierto es que, efectuada la consulta con el abrumador resultado conocido, el propio Lanusse reconoció el triunfo y se prepara a ceder las palancas del mando presidencial a Héctor Cámpora, absoluto y leal incondicional de Perón.

El peronismo ha logrado mantenerse vivo durante tantos años debido en primer lugar a su fuerte implantación laboral y sindical. En la Argentina, curiosamente, el mundo de las reivindicaciones sociales se hallaba en gran parte inédito cuando Perón llegó al gobierno por primera vez en los años cuarenta. No existían, prácticamente, códigos de índole social, ni previsiva, ni aseguradora, ni negociadora en el vastísimo campo del trabajo. Fue un catalán, nacionalizado argentino, de mentalidad moderna, vasta cultura y sentido social avanzado, don José Figuerola, quien llevó a cabo en gran parte la instrumentación de las leyes, decretos y órganos de negociación colectiva que establecieron las bases de laborismo organizado en la República, que luego incorporaría Perón a la Constitución. El obrero argentino era en su mayor parte de procedencia emigratoria europea: gallego e italiano sobre todo. En esa masa que venía de la Europa de los años veinte, treinta y cuarenta, y que necesitaba ansiosamente cauces para sus legítimas aspiraciones gremiales, el peronismo ganó adeptos numerosos y definitivos. Inexplicablemente, ni los partidos históricos, como el radicalismo, ni el llamado socialismo oficial, ni los conservadores, alcanzaron a comprender el lenguaje y las exigencias de los

nuevos tiempos que la posguerra del 45 no hizo sino dramatizar y agravar. Quedaron fuera del dinamismo interior de las mayorías sociales de la República.

No lo comprendieron del todo, tampoco, los elementos castrenses que se alzaron con el poder al derrocar a Perón. Su actitud fue más bien defensiva que activa. Temían obsesivamente la marea subversiva, los chispazos de violencia, la revolución armada, el contagio castrista y guevarista. En un Continente como el hispanoamericano, atravesado por enormes tensiones demográficas, políticas y sociales, con abismales diferencias de clase, en el que el desarrollo tiene con frecuencia facetas colonialistas y en el que el subdesarrollo predomina todavía con sus estructuras rígidas que bloquean la profunda liberación de los pueblos, sometidos a esquemas arcaicos, la Argentina, que no tiene problemas de fondo racial autóctono, que es un país blanco de origen europeo, de altísimo nivel cultural y civilizado atravesaba una larga etapa militar de restricción política que no correspondía en modo alguno a su efectiva madurez. Al reconocerlo así, el gobierno Lanusse prestó un gran servicio histórico a la colectividad platense. La respuesta condigna ha sido esa elección verificada sin incidentes, con un elevado porcentaje de votantes, en absoluta tranquilidad, y el tono responsable, comedido, prudente de los elegidos, de los derrotados y del propio presidente Perón, que anuncia un programa de unidad nacional superando definitivamente la etapa de los odios, los rencores y las divisiones.

Los que conocemos profundamente la Argentina, por haber vivido en ella; los que admiramos sus virtudes cívicas, la capacidad fabulosa de adaptación de sus hijos a cualquier circunstancia, la inteligencia penetrante del argentino para intuir la esencia de los problemas; su patriotismo visceral —que el peronismo jamás olvidó como ingrediente sustancial de sus propagandas— en el que hay resonancias hispanas, legítimo orgullo criollo y tradición entrañable, gaucha y pampera; sus riquezas naturales, ganaderas, agrícolas, mineras, inmensas, y en gran parte, inéditas; su joven industria pujante; la generosidad abierta y acogedora de su carácter; el vaho sentimental de buena ley que impregna la vida porteña; esperamos y deseamos lo mejor para el futuro político de la gran nación hispanoparlante.

La vuelta simbólica de Perón puede ser el comienzo de un capítulo nuevo: el de la reconciliación de los argentinos en un pacto de paz civil y militar que sea cimiento de un porvenir democrático libre.

José María DE ARELLA

## EN TORNO A LAS CIENCIAS

## DEFENSA (CONDICIONAL) DE LOS SOCIOLOGOS

IGNORO si las cosas han cambiado mucho; pero, hasta hace cuatro días —y, por lo menos, en Norteamérica— los sociólogos solían quejarse de la poca estima en que su profesión era tenida por la alegre fauna del humanismo. Mi curiosidad por el asunto procede de la lectura de un ensayo —«Sociology and the intellectuals: An analysis of stereotypes»— publicado en 1957 por un tal Bennet M. Berger en una docta revista —supongo— del ramo. Mi acceso al papel en cuestión se produce a través de una traducción castellana impresa en 1971 y avalada por un especialista hispanohablante del otro continente. El hecho de que el responsable de esta edición, al cabo de quince años, considere que el texto no ha perdido vigencia, merece los máximos respetos. Puede que, en el fondo, todo siga igual. Entre otras constataciones que amargan la vida del sociólogo, Mr. Berger destaca la de sentirse víctima del desdén de los «intelectuales». Por intelectual, aquí, hay que entender al «literato»: al presunto «humanista», individuo dedicado a barajar «ideas generales». Al parecer, entre otros reproches que provisionalmente dejo de lado, los intelectuales acusan a la sociología y a sus practicantes de dos delitos: 1) que la sociología no tiene un objeto de estudio específico, y 2) que su método está muy lejos de ser el de una verdadera «ciencia». Por lo que se ve, en las cátedras de la disciplina encausada se ha cometido la inocencia de prescindir de aquella «lección tercera», clásica en los viejos programas universitarios, que se ocupaba de la «importancia de la asignatura»...

No voy a detallar la serpentina de pros y contras que la polémica conlleva. A mí no me interesan excesivamente, y aburrirían al lector. Pero me ha sorprendido el tono lamentatorio y de defensa en que se explica el autor del artículo invocado. Que un sociólogo —si lo es como Dios manda— se tome en serio la cháchara de un «intelectual» es algo inadmisiblemente, o casi. Porque el llamado «intelectual», a menudo, no pasa de ser un tontillo de pluma experta y acrobática. Soy de la familia, y me conozco la parentela. Precisamente Bennet M. Berger, en sus notas, tratando de precisar la figura de su «contradictor», menciona a fulanos como W. A. Auden y E. E. Cummings, poetas excelsos, sin duda, pero aficionados, como la mayoría de los poetas, a referirse al «misterio» y a todo lo que admita ser etiquetado con vocablos de igual entidad fantasmagórica. Los

«intelectuales» que se encabritan frente a la sociología, o que la toman a pitorreo, son gente tan fascinada por lo sublime o por el ombligo de su propia autobiografía, que no vale la pena de hacerles caso. De momento, y su trabajo les costó, se resignan ante la «ciencia-ciencia», quiero decir las físicas y naturales, y las exactas —como en mi tiempo decíamos—, porque para ellos estas actividades de investigación y de explicación funcionan a un nivel «esotérico», «misterioso», dado el analfabetismo general de los humanistas, y, sobre todo, se traducen en realidades sobrecogedoras, sea la bomba atómica, el pulmón de acero o el transistor, sea la simplicísima aspirina. Una ibeeme ya es el colmo. Recelan de todo eso, pero lo aceptan. Ahora: las ciencias sociales...

Este es el punto a tomar en cuenta: ¿en qué medida las «ciencias sociales» son «ciencias»? Para el intelectual —alucinado o no— y para el hombre de la calle, para cada rama de científicos respecto de las otras, es muy importante que el concepto de «ciencia» quede claro. Hemos decidido apostar por la «ciencia» —de ella vivimos y por ella quizá lleguemos a sobrevivir—, y, por tanto, conviene saber a qué carta jugamos nuestra confianza. La física, química, biología, matemáticas —y continúo empleando la nomenclatura inocente de mi bachillerato—, son proposiciones claras. Las «ciencias-ciencias» se ciernen sobre «materias» medianamente ciertas, concretas o abstractas, pero medianamente —insisto en el adverbio— ciertas, y aplican unas técnicas de estudio basadas en el empirismo más circunspeto y buscando el aval de una verificación sistemática. Las «ciencias sociales» atienden al comportamiento del hombre, y aquí empieza Cristo a padecer. Las conductas sociales, y las individuales que nunca son exactamente individuales, sólo permiten un examen parcial, aproximativo y —¡ay!— bastante abierto a los deslices, o deslizamientos, subjetivos de quien conduce la maniobra. No será necesario subrayar la precaria «cientificidad» de la psicología —de Freud a Piaget— y de sus derivados —incluyendo las últimas jovialidades de los pedagogos—. Ni la de la historia. Los historiadores —los buenos— desean con toda el alma ser «científicos». Sólo se acercan a serlo cuando se acorazan con mucha modestia. Y la antropología cultural ya tiende a entrar en la esfera del tebeo...

De todas las «ciencias sociales», la econo-

mía tendría que ser la más obligada al rigor. Está obligada a ello. De lo que los economistas «científicos» dictaminen depende el cocido del vecindario. A veces, claro: no siempre. Y la economía, con ser la «ciencia social» mejor dotada de un utillaje de indagación y de recuento, dista mucho de ofrecer las garantías oportunas. Menos, infinitamente menos que las de un laboratorio. Aunque la estadística importe tanto en un obrador de biólogo que en un obrador de economista, la diferencia es abismal: las ranas y los cobayas son una cosa, y las encuestas y las cifras oficiales o privadas son otra... Los sociólogos trabajan con informaciones similares a las de los economistas. Menos abundantes y menos exactas, sin duda. Menos abundantes, porque todavía —ni en los U.S.A.— disponen de tantos medios como sus colegas, y menos exactas, porque sus averiguaciones, con frecuencia, se dirigen a puntualizar actitudes, intenciones, expectativas de acción, motivaciones, y demás veleidades de nuestras idas y venidas cotidianas, y eso es muy difícil de reducir a números. No es imprescindible ser un «intelectual-humanista-obsesionado-por-el-misterio» para que uno se sienta inquieto en el terreno de los sociólogos. La fe en el «muestreo» no acaba de ser una convocatoria afable. Por descontado, eso siempre será mejor que nada. Pero las conclusiones olímpicas que, un día y otro, sacan los sociólogos pizpiretos y efusivos, son capaces de alamar, no ya a los tiernos humanistas que tañen el rabel, sino hasta el más «empedernido de los ingenieros», como apuntaba el otro.

Los sociólogos tienen a su favor el deseo de fijar en «datos» la afluencia diaria de la sociedad. La reticencia de discutir si tienen o no «un objeto de estudio específico» me parece una estupidez. Lo tienen: tienen muchos, demasados «objetos de estudio» y «específicos», cuyo interés queda fuera de cualquier sospecha. Y esto es decisivo. Desde que el mundo es mundo, la sociedad y sus movimientos, y sus borborismos, ha servido de tema para especulaciones de los «intelectuales». Mientras no hubo otro remedio, desde Aristóteles —partiendo de los límites de la tradición local— hasta Scheler, Spengler o el señor Ortega, todo era «filosofía». La filosofía, matriz de las ciencias —sociales o no—, ha sido siempre una manera agradable de pasar el rato: una tertulia culta. Luego, en la realidad política, la conversación togada se concretaba a través de autoridades penosas. De la filosofía se separa-

ron las «ciencias-ciencias», en primer lugar: la geometría, la física, etc. Las «ciencias sociales» siguieron en su independencia. El problema, hoy por hoy, consiste en desfilosofizar hasta el más pequeño ápice de realidad. Que los metafísicos se entretengan con el «ser» y sus monadas; y sus «monadas», si vale el chiste. No hay que minusvalorarles: los filósofos han sido, tradicionalmente, una forma de cáncer, una «célula loca», según dicen. Para plantarles cara, los sociólogos constituyen una triaca. Podrían serlo, al menos.

Las «ciencias-ciencias» van por su cuenta, silenciosas y afortunadamente eficaces. La sociología, como las demás «ciencias sociales», si alcanzasen a perfilarse con un mínimo de «frialidad» científica, ayudarían a desintoxicar de «ideologías» las recapitulaciones finales sobre la sociedad. Es lo que yo creo. Sólo que... Que la sociología es, por ahora, una operación equívoca. Un sociólogo científico no ha de ruborizarse porque su monografía se restrinja a aspectos menores —aparentemente menores— de la apoteosis colectiva: uso de drogas, delincuencia juvenil, viviendas, jornales, divorcios, fornicaciones... Al contrario. Esa es su «razón» —razón de ser—. Lo mayo es que tampoco es insólito que algunos sociólogos se metan en la camisa de once varas de sustituirse al filósofo. En su nota, Bennet M. Berger lo reconoce. Hay libros de sociólogos que han sido acogidos con aplauso, con aplausos, por el cotillo de los humanistas. Muchos. Las tiendas dedicadas a vender papel impreso están rebosantes de mercadería de esta especie. Mi experiencia de lector —benedictina— me lleva a sonreír ante los resultados. Abundan los sociólogos, unos yanquis, y los que no lo son, escolares suyos, que desde el pedestal de la sociología parlotean como un filósofo cualquiera. Mills, por ejemplo. Este personaje —que, por lo demás, me cae simpático— ha dado a las prensas muchas páginas que tienen de verdadera sociología lo que yo de cardenal. Con su firma, si no me equivoco, salió un volumen titulado «La imaginación sociológica». Lo que no ha de tener un sociólogo es «imaginación». O sólo la indispensable para confeccionar «hipótesis de trabajo». Más allá, su sociología será un «filosófico» encaje de bolillos... Y los «intelectuales» podrán oponerle su poema...

Joan FUSTER

### PAPELES PINTADOS

«CRESTA» - SUPERLAVABLES

Gran liquidación de papeles pintados  
Desde 30 ptas. rollo de 10 metros

Enamorados, 38 - Galileo, 278 - Tels. 225-18-04 y 245-95-50



UN SITIO PARA CADA COSA  
Y CADA COSA  
EN SU SITIO

Combibox  
CAJAS ENSAMBLABLES

Rodabolav  
Av. J. Antonio, 602  
Tels. 222 69 18 - 222 92 66  
BARCELONA-7

### ¿TERMITAS? ¿CARCOMAS?

Tratamiento garantizado

T.E.C. -- Tratamientos Especiales para  
la Construcción, S. A.

Gerona, 166

BARCELONA

Teléfono 2574094